

Para que no me olvides

Danièle Ball



Para que no me olvides

Danièle Ball



Ilustraciones de Loreto Corvalán



—Abuelita, ¿dónde estás?

—llama Nahuel—. ¿Abuelita?

—Aquí, querido, en el jardín

—responde Esperanza—. Voy al buzón a ver si ha llegado carta.

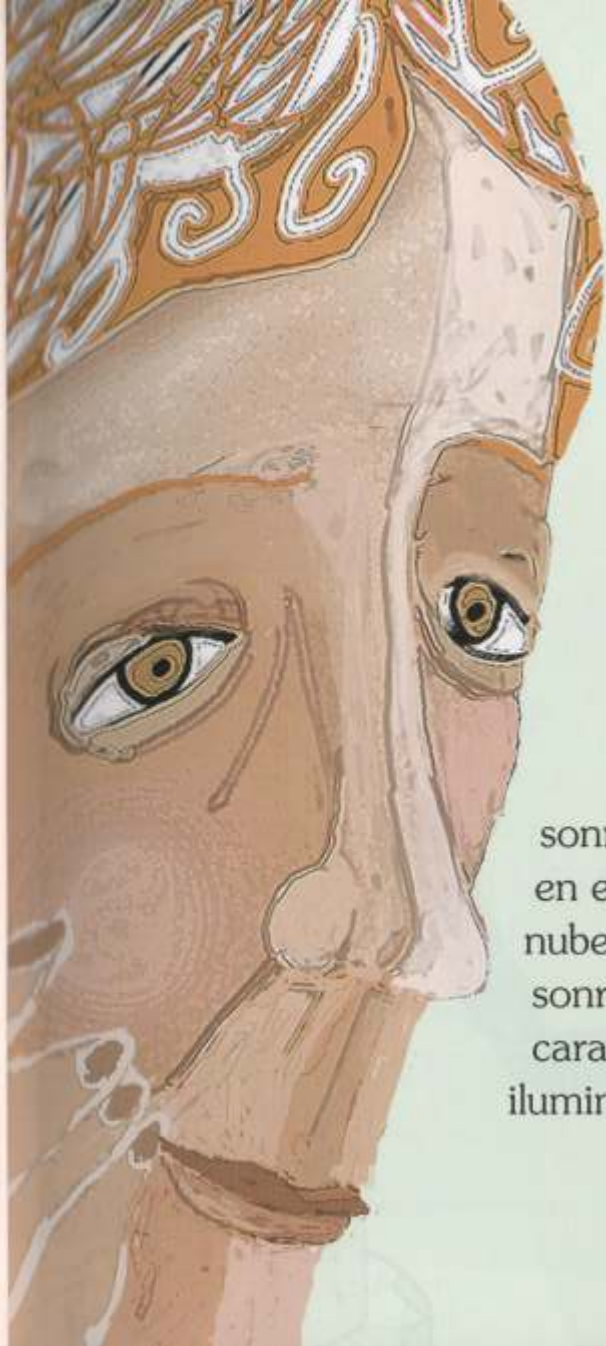
—Pero, abuelita, ¡ya hiciste eso hace un rato!

—Ah, sí... sí... ¿Estás seguro?

—Por supuesto... Acuérdate, recibiste una carta del tío Luis.

Hacía mucho tiempo que la esperabas. ¡Y qué contenta te pusiste!

—Ah, claro... de Luis... Tienes razón, querido. ¿Dónde tengo la cabeza? —responde Esperanza, sonriendo.



A Nahuel le encanta la sonrisa de su abuela. Es como si en ella estuvieran atrapadas las nubes más blancas del cielo. Es una sonrisa contagiosa que ilumina la cara de Esperanza y, al hacerlo, ilumina también el rostro de Nahuel.

Cada miércoles por la tarde, Nahuel va a casa de Esperanza.

Tan pronto como abre la puerta, un delicioso aroma, de vainilla o de chocolate, se insinúa en sus narices.





Y es que Esperanza
prepara siempre una torta,
o un brazo de reina, o algún
postre de leche, para recibirlo.

Le alegran tanto las visitas
de su nieto.



Por eso, poco tiempo después, un día de fiesta:

—¡Están deliciosos tus pasteles, abuelita! —exclama Nahuel—. ¡Deliciosos!

Pero Esperanza no responde. Se levanta de pronto y sale de la casa, como si repentinamente se hubiera acordado de algo urgente. Intrigado, Nahuel la sigue.

Ella se dirige directamente al buzón del correo, lo abre y descubre que está vacío. Entonces, se queja suspirando: ¡Como de costumbre, ninguna noticia de Luis!

Nahuel, sin decir nada, regresa a la casa, pensativo.



Pasan los días y Esperanza continúa teniendo problemas con su memoria y cada vez más a menudo.

Va y viene a cada rato al buzón. Una y otra vez verifica si quedó bien cerrada la llave del gas de su cocina. No recuerda dónde dejó las cosas en la casa. Incluso, en cierta ocasión, guardó su cartera en el refrigerador.

Y, por primera vez, olvidó el cumpleaños de Nahuel ...




Hoy, ningún aroma de vainilla o de chocolate invade la casa de Esperanza. Solo se percibe una leve fragancia de violetas.

—¿No hiciste una torta, abuelita?

—¿Una torta? Pero, claro que sí, querido. Está... Debe estar sobre la mesa del comedor. ¿Quieres ir a buscarla?

Pero en el comedor, no hay ni rastros de una torta. Sin saber por qué, Nahuel siente una congoja que lo ahoga.





En la cocina, Esperanza lo espera tranquila, con una sonrisa en los labios. La misma sonrisa de siempre.

No pregunta nada cuando él vuelve: simplemente, ya olvidó a qué fue Nahuel al comedor.

“No habrá dulces hoy”, piensa el niño.

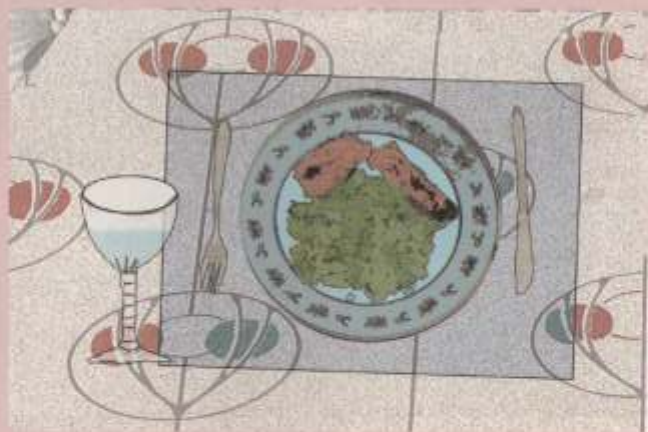
Pero eso no le importa... porque, súbitamente, ha perdido el apetito.



Con el curso de los meses,
la memoria de Esperanza continúa
deteriorándose.

A veces, olvida vestirse y pasa todo el
día en bata, dando vueltas por la casa.

Cierta vez, Nahuel encuentra la cena de la noche anterior, intacta sobre la mesa:



—¿No comiste anoche, abuelita? ¡Debes tener hambre!

—¡Oh!... Sabes, querido, los viejos perdemos un poco el apetito —responde suspirando.

—La abuela padece la enfermedad de Alzheimer
—explica mamá con cara de preocupación.

—¿Es grave? ¿Acaso va a morir? —pregunta Nahuel,
asustado.

—No. Pero, poco a poco, irá olvidando cada vez más
cosas. Y no será capaz de cuidarse sola.

—¿Pero, no tendrá que ir a un asilo... o sí?
—pregunta de nuevo el niño, inquieto.

—No. Desde mañana,
una señora irá todos los días
a cuidarla. No te preocupes,
podrá quedarse en su casa.



La señora Margarita cuida muy bien de Esperanza.
Limpia la casa, cocina y se ocupa del jardín.

Y cada miércoles, prepara pasteles
para recibir a Nahuel. Para él no
tienen ese olor delicioso de vainilla o
chocolate que tenían los de su abuela,
pero de todos modos son ricos.



Todo es como antes... casi.

Esperanza suele permanecer como ausente, perdida en sus pensamientos... o sueños, quizás.

Y Nahuel se siente muy solo. Pero, entonces, su abuela se pone a tararear viejas canciones y el niño descubre que ella está bien.



—Buenos días, abuelita. ¡La semana que viene empiezan las vacaciones y podré venir a verte todos los días! —exclama alegremente Nahuel.

Pero Esperanza no responde. Mira a su nieto como si fuera un extraño.



—¿Qué pasa, abuelita? ¿No me reconoces?

Esperanza niega con la cabeza.

—¡Mírame, soy yo, Nahuel...! ¡TU Nahuel! Es que, si no me reconoces, ¿cómo vas a quererme, entonces?
—grita angustiado el niño.

Nahuel está tan desesperado, que le dan ganas de sacudirla para que despierte al fin.

—¡No me reconoce! —le explica a la señora Margarita, que acude al oírlo gritar.

—No te preocupes, pequeño —lo calma ella—. Tan solo es como si una parte de ella se hubiese dormido, o como si se fuera lejos a veces... Sin embargo, mírala, ¿la ves?... tu abuelita siempre será la misma y nunca dejará de amarte, ¿comprendes?

¡No! Nahuel no quiere comprenderlo y escapa corriendo de la casa, hacia el campo.

Corre y corre, sin parar, hasta que le duelen todos los músculos del cuerpo.

Llega lejos, muy lejos, cruzando los campos por caminos bordeados de amapolas. En torno a él, revolotean las mariposas.



Pero ni las amapolas ni las mariposas parecen darse cuenta de las gruesas lágrimas que ruedan por sus mejillas.



Cuando vuelve a casa de su abuela, la encuentra en la terraza, sentada en su mecedora.



Nahuel se pone en cuclillas delante de ella y se queda mirándola a los ojos. Busca desesperadamente una chispa en su mirada. Pero los ojos de Esperanza no expresan nada especial.

Al rato, la tarde refresca y Nahuel comienza a tiritar. Al notarlo, su abuela abre de par en par el chal que lleva en los hombros, extiende los brazos hacia él y lo sienta en sus rodillas para abrigarlo junto a ella.

—Te quiero tanto, abuela —murmura Nahuel.

Y mientras se mece suavemente con su nieto, Esperanza, despacito, canta:

—“Yo me pondré a vivir en cada rosa
y en cada lirio que tus ojos miren,
y en todo trino cantaré tu nombre,
para que no me olvides...”

Y su nieto responde,
suavemente:

—“No me olvides...”

Fin



73400159

* **Nota:** El texto de la página 23 que canta “la abuela” pertenece a *Oración para que no me olvides* —del poeta chileno Óscar Castro (1910-1947)—, que ha sido musicalizado por distintos intérpretes, entre ellos *Los Cuatro de Chile*.

AL COMPRAR
ESTE LIBRO ESTÁ
COOPERANDO CON EL
**RESCATE DE NIÑOS EN
SITUACIÓN DE CALLE**, OBRA
DE LA FUNDACIÓN VIDA COMPARTIDA.
(¡GRACIAS!)

COLECCIÓN
ACUARELAS



Una abuela que involuntariamente se va olvidando de todo. Un nieto que ama a su abuela con todo su corazón.

Hermoso relato que muestra que el olvido no es sinónimo de desamor.



9 789561 807570

 **edebé**
Editorial Don Bosco